

NACIONES UNIDAS
CONSEJO
ECONOMICO
Y SOCIAL



Distr.
LIMITADA

E/CN.4/L.1420
16 de febrero de 1979

ESPAÑOL
Original: FRANCÉS



COMISION DE DERECHOS HUMANOS
35º período de sesiones
Tema 4 del programa

CUESTION DE LA VIOLACION DE LOS DERECHOS HUMANOS EN
LOS TERRITORIOS ARABES OCUPADOS, INCLUIDA PALESTINA

Carta de 16 de febrero de 1979 dirigida al Secretario General por el Representante
permanente de la República Árabe Siria ante la Oficina de las Naciones Unidas

Tengo el honor de pedirle que tenga a bien distribuir como documento de la
Comisión de los Derechos Humanos el artículo adjunto publicado en el "Osservatore
Romano" de 9 de enero de 1979.

El Embajador
Representante Permanente

(Firmado) Dia-Allah EL-FAITAL

Los cristianos y Tierra Santa

Las cifras dadas a conocer por el Patriarca latino de Jerusalén, Su Beatitud Giacomo Beltritti, en un discurso pronunciado en Saint Paul, en los Estados Unidos, sobre la cuestión de los cristianos de Tierra Santa, no pueden dejar indiferentes a quienes creen en Cristo, Hijo de Dios, Redentor de la humanidad, y aceptan los principios de la coexistencia civil en el respeto de los derechos y libertades fundamentales.

El número de cristianos que ha abandonado la tierra de Jesús en los 30 últimos años es de 100.000. Es un contingente "normal" para los países habituados a la emigración. Pero para Tierra Santa ello constituye un límite pasado el cual comienza el desierto. En efecto, el Patriarca Beltritti ha precisado que la población cristiana de Tierra Santa es actualmente de 94.742 católicos, 80.233 ortodoxos y 7.200 protestantes. En relación con la totalidad de la población cristiana, el éxodo ha sido, pues, masivo. Esto no puede dejar de preocuparnos.

Las causas que han movido a más de la tercera parte de los cristianos a abandonar su tierra y, por consiguiente, su iglesia particular son ciertamente múltiples. Pero no debe olvidarse que las causas más determinantes son de carácter político. La región ha sido teatro de guerras que han tenido consecuencias en el plano político, económico y cultural. La comunidad cristiana ha sido víctima involuntaria de esas consecuencias.

Ese estado de "inexistencia de guerra" y de "inexistencia de paz", caracterizado sin embargo por una política que tiende a conservar lo que se ha ocupado por la fuerza, continúa produciendo inestabilidad e inseguridad. La situación se agrava a causa de las dificultades con que tropiezan los cristianos para hacer valer sus derechos, y no solamente sus derechos estrictamente religiosos. El exilio constituye entonces para muchos, para demasiados, de ellos el único medio de eludir la opresión de la violencia. El hecho de permanecer en su país, en su Iglesia, constituye un sacrificio que no todo el mundo es capaz de afrontar.

En los últimos años, no han faltado iniciativas de ayuda por parte de la comunidad cristiana mundial. Pablo VI dio muestras más que elocuentes de ello, bien mediante su peregrinaje o mediante su exhortación de auctis Ecclesiae, de 25 de marzo de 1974. Los resultados positivos obtenidos son tangibles. El propio Patriarca Beltritti lo reconoce. Pero ¿son suficientes? Si continúa el éxodo, si la comunidad cristiana de Tierra Santa carece de la posibilidad de desarrollarse en un ambiente de libertad, de justicia y de paz, habrá que temer por su futuro.

El propio Pablo VI se refirió a este temor en su exhortación apostólica: "Si su presencia disminuyese, se apagaría en los santuarios el calor de un testimonio vivo, y los Santos Lugares cristianos de Jerusalén y de Tierra Santa vendrían a ser como museos".

A fin de que, por el contrario, la comunidad cristiana pueda permanecer en sus hogares y desarrollarse, es necesario eliminar las causas que la deprimen y empobrecen. No se trata de una cuestión de prestigio, sino ante todo y sobre todo de una cuestión de justicia. En la actualidad, los pueblos manifiestan una gran sensibilidad a la promoción de la justicia. Pero la justicia carece de sentido si no incluyen el respeto y la promoción de los derechos y libertades fundamentales suscritos por esos mismos pueblos en documentos solemnes.

Los cristianos del mundo entero están comprometidos, hoy más que nunca, a solidarizarse con sus hermanos en la fe que viven en Tierra Santa. La solidaridad se manifiesta en actos concretos, en ayuda capaz no sólo de aliviar los sufrimientos y las privaciones, sino también de consolidar una confianza y una esperanza en Cristo y en su Iglesia, que, pese a estar sometida a vejámenes y tensión, ha logrado siempre sobrevivir, extenderse y anunciar la verdad.

Los franciscanos, que desde hace más de siete siglos son los guardianes de los santuarios, han tendido una amplia red de obras sociales, culturales y de beneficencia a favor de los cristianos que habitan estos lugares, y los no cristianos se benefician igualmente de ellas. Otras instituciones religiosas, masculinas y femeninas, se han sumado a los franciscanos. Es éste uno de tantos medios que permiten atestiguar la presencia de la Iglesia universal en la Tierra de Jesús. El clero local se dedica también vigorosamente a la evangelización y la actividad pastoral. El patriarcado es el centro que proporciona impulso a un amplio programa de gran envergadura y que requiere para su realización todas las fuerzas religiosas.

Deben facilitarse a los cristianos de Tierra Santa condiciones favorables para que puedan sobrevivir en ella, pues esa tierra es su tierra y su patria. Los cristianos no piden privilegios, sino tan sólo la protección de sus derechos. Y quienes lo piden son, en especial, las familias, a fin de que las nuevas generaciones no se sientan "extranjeras" en un país en el que han nacido. La profesión de fe no puede reducirse a un simple fenómeno privado, sino que exige un espacio para poder expresarse en comunión y según modalidades instituidas. Los santuarios deben ser centros dinámicos de testimonio evangélico y de una ferviente presencia de la Iglesia.